CONFERENCIA INAUGURAL

El español, de la voz a la palabra

Darío Villanueva
Secretario de la Real Academia Española

El primer libro de la cultura japonesa, el *Kojiki,* compilado a principios de nuestro siglo VIII por O No Yasumaro, describe el nacimiento legendario del cielo y la tierra, así como de los primeros dioses y del propio archipiélago japonés. El universo estaba sumido en una caótica materia retirada, informe y silenciosa. Las partículas luminosas ascendieron y formaron las nubes y el cielo, el *Takamagahara*. Las demás se conformaron con integrarse en una masa inmensa, oscura y densa; esto es, la tierra. Es entonces cuando las Tres Deidades Creadoras encargan a dos seres también divinos, él, Izanagui y ella, Izanami, que cruzaran el puente flotante entre cielo y tierra para coagular, condensar y consolidar la materia caótica en la Isla de Onokoro, a partir de la cual fueron engendrando las ocho grandes islas que compondrían el Ohoyashima.

Frente a tan poética y aquilatada leyenda de la creación como la que nos relata el *Kojiki*, en la *Biblia* Yaveh da comienzo y existencia al mundo mediante una operación puramente lingüística, cuando «Dijo Dios: «Haya luz»; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero». Del mismo modo es creado el firmamento, las aguas, la tierra, y así sucesivamente.

Mas, en términos muy similares al Génesis judeo-cristiano, la llamada «Biblia» de la civilización maya-quiché, el *Popol-Vuh* o *Libro del Consejo***,** narra la Creación de este modo: «Entonces vino la Palabra; vino aquí de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo (...) Entonces celebraron consejo sobre el alba de la vida, cómo se haría la germinación, cómo se haría el alba, quién sostendría, nutriría. «Que esto sea. Fecundaos. Que esta agua parta, se vacíe. Que la tierra nazca, se afirme», dijeron (...) así hablaron, por lo cual nació la tierra. Tal fue en verdad el nacimiento de la tierra existente, «Tierra», dijeron, y enseguida nació» [1].

No muy diferente resulta el comienzo del *Enuma elish*, el *Poema babilónico de la Creación*, que data de la Mesopotamia de hacia los años 1200 antes de Cristo: «Cuando en lo alto el cielo no había sido nombrado, no había sido llamada con un nombre abajo la tierra firme...».

Los paleontólogos de Atapuerca certifican que, de acuerdo con la información aportada por los fósiles del yacimiento burgalés, los humanos que allí residieron eran ya capaces de hablar hace medio millón de años. Sus hioides –los huesos situados en la base de la lengua y encima de la laringe– eran ya muy distintos a los de los chimpancés, y su evolución posibilitaba, junto a otros elementos ana-

1 Anónimo (1993), pp. 4 y 5.

tómicos relacionados con la fonación, articular los sonidos en modulaciones muy amplias que, asociadas al significado, darían paso a la comunicación interpersonal entre los individuos.

Aunque con frecuencia usemos ambas palabras como sinónimas, cabe atribuir significados diferentes a *lenguaje* y *lengua*, tal y como el fundador de la Lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, formuló en su *Cours de linguistique générale* publicado póstumamente en 1916.

Para el lingüista ginebrino, el *lenguaje* «se apoya en una facultad que nos da la naturaleza, mientras que la lengua es cosa adquirida y convencional»[2]. Se trata, pues, de esa dotación genética que todos los humanos poseen en virtud de su anatomía y configuración neuronal. De hecho, no se ha encontrado nunca una comunidad humana, por primitiva y remota que fuese, cuyos individuos no se sirviesen de aquella competencia lingüística para comunicarse entre ellos. Otra cosa ocurre en el caso de los llamados «niños bravíos» o «selváticos, que aparecen desprovistos del habla por haber permanecido aislados de los humanos los primeros años de su vida. Porque para que el fenómeno de la realización lingüística llegue a producirse en plenitud es imprescindible la existencia de la *lengua*, «un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos»[3]. La *lengua* existe, así, en virtud de una especie de contrato implícitamente suscrito entre los miembros de una determinada comunidad. Mas ese sistema de expresiones compartidas acordado por un grupo humano implica una tercera dimensión no menos importante: el *habla*, acertada traducción del francés *parole,* debida a uno de los más eminentes discípulos de don Ramón Menéndez Pidal, Amado Alonso, que abordó la tarea de verter al español el *Curso de lingüística general*, publicado en Buenos Aires en 1945.

La *lengua* es social en su esencia e independiente del individuo; el *habla* se encarna en cada uno de ellos –de nosotros– y es de índole psicofísica. El habla «es la suma de todo lo que las gentes dicen», y comprende, por tanto, las combinaciones individuales de los elementos del sistema de acuerdo con la voluntad de los hablantes y los actos de fonación, igualmente voluntarios, imprescindibles para ejecutar aquellas combinaciones.

Estamos, pues, ante un fenómeno complejo, que tiene que ver con el resultado de la evolución de una especie privilegiada, con la sociabilidad y socialización de los individuos, y, finalmente, con la apropiación por cada uno de ellos del sistema consensuado de la lengua para realizar, conforme a sus reglas, la competencia personal del lenguaje. Biología, sociología y psicología a la vez. En todo caso, un hecho que roza el prodigio y que, sobre todo, puede ser calificado como radicalmente igualitario y democrático. Salvo condicionantes patológicos, toda persona

2 Saussure (1945), p. 52.

3 Ibídem, p. 51.

es dueña de, al menos, una lengua, a cuyas reglas comunales debe someterse, pero que ejecuta –y puede modificar– mediante el ejercicio de su habla soberana. Las capacidades que nos otorga el lenguaje constituyen el universal antropológico más determinante, del que surge de forma natural la disposición filosófica por la que cada ser humano está en condiciones de abordar las preguntas fundamentales sobre su ser y su entorno.

El prodigio incrementa considerablemente su espectro si reparamos en una nueva perspectiva. En la realización verbal del lenguaje es inevitable que actúe la función representativa de la realidad que Karl Bühler consideraba como una de las tres fundamentales, junto a la emotiva –o expresiva– por la que manifestamos nuestros sentimientos, y la llamada función conativa –impresiva o apelativa– de la que nos servimos para incidir sobre la conciencia y la conducta de los demás. Nuestro yo individual y social se expresa, respectivamente, mediante estas dos últimas funciones; la primera –la representativa–, nos sirve por el contrario para relacionarnos con la realidad. «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo»[4], escribió Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus Logico-Philosophicus*, y si bien luego se retractó de este esencialismo lingüístico por el que se hace del lenguaje una especie de mapa a escala del mundo entero, en su obra de 1921 no dejaba de apuntar hacia una de las potencialidades que desde siempre se le ha atribuido a la facultad humana del lenguaje.

Efectivamente, antes incluso de la primera de las revoluciones tecnológicas que han afectado a la palabra –la que permitió a través de la escritura fonética su fijación en signos estables y de fácil combinación y descifrado–, el ejercicio de esta ha ido acompañado del poder demiúrgico no sólo de reproducir la realidad, sino también de crearla. No es casual, pues, que en el libro del *Génesis* la creación del mundo se justifique en términos acordes con el *Tractatus* de Wittgenstein

Este poder demiúrgico de la palabra como creadora –más que reproductora– de la realidad se fortaleció con la escritura, al proyectar aquel efecto desde el momento de su primera enunciación a través del tiempo y el espacio, pero también se vio incrementado con la segunda gran revolución tecnológica al servicio de la lengua, la de la imprenta, y lo está haciendo de forma redoblada con los avances de nuestra era de la comunicación audiovisual digitalizada. Del sonido, a la voz; y de la voz a la letra manuscrita o proliferante gracias al invento de Johannes Gutenberg.

Para el pensador canadiense Marshall McLuhan, la historia de nuestra civilización comprendía, fundamentalmente, tres etapas: la segunda era precisamente la instaurada con la invención de la imprenta, cuando se rompe con la tradición anterior en la que la palabra oral era predominante. La máquina gutenberiana, al facilitar la lectura individualizada de los textos, produce una desconexión social, una apropiación por parte de cada sujeto de los conocimientos que el escrito

4 Wittgenstein (1973), p. 163.

atesora. Este periodo de la Galaxia definida por McLuhan en su famoso libro de 1962, que él llama moderno, da lugar posteriormente al periodo contemporáneo, que surge cuando la tecnología permite la transmisión de mensajes a través de las ondas, en conexión con las innovaciones electrónicas. Esta nueva galaxia de la transmisión del sonido, e incluso también de la imagen a través del éter, supuestamente iba a acabar con la galaxia anterior, de manera que los libros y la escritura estaban destinados a convertirse en residuos de una época pretérita. En esta clave, el pasado sería, a nuestros efectos, la escritura, la literatura y el periodismo tradicional, y el futuro la comunicación audiovisual.

Lo curioso del caso es que con este gran avance tecnológico de la radio, la televisión y los medios de comunicación audiovisual de masas a través de las ondas se produce un regreso a situaciones premodernas; es decir, de nuevo la palabra oral se impone a la palabra escrita, y de nuevo la recepción de los mensajes, en vez de ser individualizada, reflexiva y racionalizada por cada sujeto, se hace de una manera colectiva, lo que permite fenómenos de sugestión universal con lo que alcanzamos ese estado de lo que se denomina macluhianamente «aldea global». Es decir, surge una paradoja muy profunda posibilitada por una sociedad, donde los medios de comunicación se producen en términos equiparables en lo sustancial a los de épocas muy arcaicas, pero con todos los avances de la tecnología moderna.

Frente a los apocalípticos del rupturismo, cabe realizar una interpretación integradora de todos estos fenómenos y revoluciones comunicativas. Hoy en día, a través de la computadora, que tiene un aspecto de televisor –el icono de la nueva civilización de la imagen–, lo que estamos recibiendo es, sobre todo, texto escrito. Es la síntesis posmoderna por la que la palabra se sustenta en lo que aparentemente representaba el instrumento preferido de su enemigo audiovisual: la pantalla.

En el cuarto de siglo que nos separa de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la Humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya el ordenador como un instrumento más de fijación electrónica de la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos el canadiense manifesta a este respecto. Unos pocos años más tarde de su libro de 1962, en una extensa entrevista McLuhan expresa una premonición referida a los ordenadores que habla de lo que en aquel momento no era más que un sueño y, por lo contrario, hoy es la realidad más determinante de lo que Manuel Castells denomina la *Galaxia Internet*. Decía McLuhan: «el ordenador mantiene la promesa de engendrar tecnológicamente un estado de entendimiento y unidad universales, un estado de absorción en el logos que pueda unir a la humanidad en una familia y crear una perpetuidad de armonía colectiva y paz»[5].

El propio Manuel Castells ratifica esta última referencia: «A pesar de que Internet estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta

5 McLuhan y Zingrone (1998), p. 314.

(...), para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995»[6]. Una primera encuesta registró enseguida 16 millones de usuarios de la red, pero hoy se contabilizan más de 2400 millones, un tercio de la población mundial. En los países desarrollados podemos hablar de más de dos tercios de la población como internautas, pero el porcentaje alcanza el 95% en los grupos de edad con menos de 30 años.

La celebración del año dual España-Japón, en recuerdo de los cuatrocientos años del envío de la embajada Keicho a Europa y el comienzo efectivo de las relaciones diplomáticas, culturales y humanas entre ambos países, viene a coincidir felizmente con otra efeméride centenaria. Hace ahora también trescientos años que se comenzaron a reunir en su casa madrileña con el marqués de Villena siete hombres decididos a constituir una Academia que afrontase «los errores con que se halla viciado el idioma español con la introducción de muchas voces bárbaras e impropias para el uso de gente discreta».

Nace así la RAE como fruto de una iniciativa tomada por un grupo de individuos que no tarda, sin embargo, de obtener el máximo refrendo real. En este sentido, representa un punto de intersección entre aquellos dos vectores que Ferdinand de Saussure encontraba en la realización de la facultad humana del lenguaje: el habla y la lengua.

Los ocho académicos fundadores, más los catorce que enseguida les secundaron, eran todos «sujetos condecorados y capaces de especular y discernir». Dotados cada uno de ellos de su habla personal, fruto de su sensibilidad, temperamento, cultura, edad, experiencias e, incluso, de las circunstancias derivadas del lugar de su nacimiento (Navarra, León, Andalucía, Galicia, Extremadura, Murcia, las Islas Canarias, si se confirmara el origen tinerfeño de fray Juan Interián de Ayala…), su compromiso con el idioma les lleva a emprender una ardua tarea para contribuir a la codificación del sistema constituido por la lengua española. No será sino el primer paso de un vasto programa de actuaciones en la misma dirección que se ha mantenido vigente, sin solución de continuidad, hasta hoy mismo.

Precisamente, Saussure se refiere en su *Curso* a que «esta posibilidad de fijar las cosas relativas a la lengua es la que hace que un diccionario y una gramática puedan ser su representación fiel, pues la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes»[7]. El sonido hecho voz –en el *habla* de cada uno de nosotros– se convierte en el instrumento más eficaz para la comunicación y la socialización mediante tres códigos que fijan la *lengua* –las «palabras de la tribu» del poeta José Ángel Valente (y Mallarmé)–: los dos mencionados por el lingüista ginebrino y un tercero no menos importante, la Ortografía.

---

6 Castells (2001), p. 31.

7 Saussure (1945), p. 59.

Es de notar, efectivamente, el sutil maridaje entre aquellos conceptos de Saussure en los propios fundamentos y en el ámbito de trabajo de esa creación ilustrada surgida de la sociedad civil que es la Real Academia Española. Quienes la han servido desde sus orígenes y hasta el presente han atendido a las dos caras del ejercicio del lenguaje que se manifiestan en el ámbito del idioma español como también en el de todos los demás: la iniciativa y realización individual del *habla*, y la codificación social del pacto que sustenta la *lengua*. En cada uno de los académicos alienta esa dualidad; se sienten, como el resto de los hispanoparlantes, dueños de su habla, pero trabajan también para contribuir a la mejor sistematización de la lengua española, de acuerdo con la evolución nunca concluida de una sociedad crecientemente compleja, en la que en nuestro siglo xx la información y la comunicación se benefician de hasta hace poco inconcebibles desarrollos tecnológicos.

Nadie ignora que un diccionario, cualquier diccionario y no solo los calificados como «históricos», es el resultado de un laborioso proceso de decantación en el tiempo. Las lenguas se van haciendo a sí mismas año a año, siglo a siglo, y cada una de sus palabras, así como cada una de sus distintas acepciones, ha ido madurando día a día en la voz y la memoria de los hablantes.

Pero quizá no reparemos por igual en la importancia que el espacio tiene para los diccionarios. En la medida en que estos compendios de las voces de un idioma llegan a nosotros plasmados en las páginas de un libro, la mayor o menor extensión tipográfica de este condiciona inevitablemente el contenido lexicográfico de todo diccionario.

El *Diccionario de la lengua española* cuya vigésimo segunda edición publicó la Real Academia Española en 2001 contiene, así, algo más de 88 000 lemas; esto es, menos de 100 000 palabras, muchas de las cuales incluyen, sin embargo, varias acepciones hasta el extremo de que hay artículos del *DRAE* que abarcan más de una página. ¿Significa esto que el español alcanza tan solo aquellas cifras en cuanto a su caudal léxico?

Evidentemente no. El Diccionario ofrece tan solo una selección de las voces que están vivas en nuestra lengua. Y los límites vienen impuestos por una mera cuestión de espacio: las matrices que el diseño de la edición soporta. La vigésimo tercera, que se publicará en coincidencia con el final del tricentenario, con toda certeza ampliará su espacio tipográfico. En función del cuerpo de letra finalmente adoptado, de un nuevo formato del libro y del número de páginas que admitirá, se podría llegar, por caso, a más de veinte millones de matrices, insuficientes de todos modos para recoger el ingente patrimonio léxico de lo que podríamos denominar el «español total».

Por ese mismo prurito, el *DRAE* se limita con prudencia al ámbito del «español general», entendiendo como tal algo así como el máximo común denominador de una lengua ampliamente expandida, sobre todo –aunque no exclusivamente– por

los vastos espacios de España y América pero que mantiene, sin embargo, una unidad léxica y gramatical verdaderamente excepcional.

Esto no quiere decir en modo alguno que las voces que quedan fuera del *DRAE* no puedan pertenecer a ese «español general», ni que las que no se ajustan a este criterio dejan por ello de ser palabras españolas. Jugamos, pues, con dos condicionamientos espaciales en lo que se refiere al léxico de un idioma. Por una parte, el representado por la capacidad de las páginas del diccionario; por otra, la dimensión geográfica, tan importante en lenguas ecuménicas como es español, hablado en numerosos enclaves del universo mundo por tantos y tantos hombres y mujeres que aportan una enorme variedad de acentos y una no menos generosa diversificación de vocablos y de acepciones que enriquecen su patrimonio verbal.

Existe, así, la posibilidad de que algún hispanohablante eche en falta la presencia de una determinada palabra en el *DRAE*, y que considere esta ausencia un error manifiesto. Pero también cabe la interpretación de que las palabras que no figuran en él no son legítimas, no están autorizadas, y la Academia las condena por ello a las tinieblas exteriores del idioma.

En el primero de los dos supuestos mencionados, no es imposible que se atribuya tal omisión o ausencia a la arbitrariedad con la que el cuerpo académico toma sus decisiones en lo que a la elaboración del Diccionario se refiere. Nunca ha sido así, pero en la actualidad contamos con un poderoso instrumento para avalar la selección de los lemas que finalmente ocuparán su lugar en el espacio tipográfico del Diccionario. Me refiero a bases de datos almacenadas y procesadas informáticamente como el CORPES (Corpus del español del siglo XXI), que consiste en el almacenamiento de veinticinco millones de formas del español hablado y escrito registradas cada año, de modo que el objetivo es llegar en el año del tricentenario a los trescientos millones de realizaciones de palabras concretas en contextos determinados, cronológicamente marcados así como también en cuanto a su localización geográfica. Por razones demográficas obvias, un 70% de esas formas proceden de fuera de España, y las fuentes de las que se toman son tanto orales (radio y televisión, sobre todo) como escritas (literatura, periodismo, publicidad, política, ciencia, economía, tecnología, etc.). El resultado de este esfuerzo es un mapa detalladísimo de lo que es la lengua española hoy por hoy en su evolución y en su distribución geográfica; una fuente novedosa e inexcusable no solo para elaborar el *Diccionario,* sino también el resto de las obras de la RAE.

Los hispanohablantes, cada uno de los hispanohablantes, se siente con toda legitimidad dueño de la lengua. Reside en ella como quien ocupa un lugar en el mundo. Sabe también que las palabras que la componen no solo sirven para decir, sino también para hacer; para crear, incluso, realidades.

Una manifestación de creciente incidencia en este terreno viene derivada de lo que en el mundo anglosajón se ha dado en llamar «corrección política». La constante revisión del Diccionario permite matizar cada una de sus definiciones de acuerdo con la sensibilidad del momento, pero, siempre, «sin ocultar arbitra-

riamente los usos reales de la lengua». Usos que el Diccionario ilustra además con marcas en abreviatura que, antes de la definición, indican si se trata de una voz o acepción coloquial, despectiva, desusada, eufemística, inusual, jergal, malsonante, peyorativa o vulgar.

Los redactores del *Diccionario de Autoridades*, en su prólogo de 1726 afirmaban, sin que les temblara el pulso, que, además de los nombres propios de personas y lugares, «se han excusado también todas las palabras que significan desnudamente objeto indecente». Mantener hoy por hoy semejante reserva sería expresión de una pudibundez inaceptable. Pero expurgar el Diccionario para hacerlo seráfico y biempensante no dejaría tampoco de ser una renovada expresión de una nueva forma de censura difusa, no impuesta por el Estado, el Partido, o la Iglesia sino por la etérea instancia que decreta lo políticamente correcto.

Esta última consideración, tan actual, remite inexcusablemente a esas dos dimensiones del lenguaje que son el *habla* y la *lengua*, el escenario en el que actúa desde hace trescientos años la Real Academia Española. Y las tensiones aludidas estaban ya previstas en la tercera obra de Aristóteles, junto a la *Poética* y la *Retórica,* que trata de eso mismo: del gran teatro del lenguaje. Leemos así, en el libro primero de la *Política,* «la razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, el hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. *Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo o lo injusto.* Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad»[8].

Subrayemos la frase del Estagirita que más conviene para atajar cualquier indeseable censura del Diccionario. Y apuntemos asimismo que otros traductores de la *Πολιτικα* cierran este párrafo con la referencia a la *familia* y el *Estado*, de las que *casa* y *ciudad* son transparentes metonimias.

Tokio, 1 de octubre de 2013.

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo (1994), *Enuma elish. Poema babilónico de la Creación*, Madrid, Trotta. Edición y traducción de Federico Lara Peinado.

8 Aristóteles (1988), pp. 50 y 51.

Anónimo (1993), *El libro del Consejo (Popol Vuh)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (5.ª edición). Traducción y notas de G. Raynaud, J. M. González de Mendoza y Miguel Ángel Asturias.
Aristóteles (1988), *Política*, Madrid, Gredos. Traducción de Manuela García Valdés.
Bühler, Karl (1950), *Teoría del lenguaje*, Madrid, Revista de Occidente. Traducción de Julián Marías.
Castells, Manuel (2001), *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janés.
Cristal, David (2002), *El lenguaje e Internet*, Madrid, Cambridge University Press.
Eco, Umberto (1968), *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Barcelona, Lumen.
Eco, Umberto (1992), *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen.
Lázaro Carreter, Fernando (1972), *Crónica del Diccionario de Autoridades (1713-1740)*, discurso leído el día 11 de junio de 1972 (…) y contestación del Excmo. Sr. Don Rafael Lapesa Melgar, Madrid, Real Academia Española.
Malson, Lucien e Itard, Jean (1973), *Los niños selváticos / Memoria e informe sobre Victor de l'Aveyron,* Madrid, Alianza Editorial. Traducción y comentarios de Rafael Sánchez Ferlosio.
Mcluhan, Marshall (1969), *La galaxia Gutenberg. Génesis del Homo Typographicus*, Madrid, Aguilar.
Mcluhan, Marshall (2009), *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano,* Barcelona, Paidós.
Mcluhan, Eric, y Zingrone, Frank [compiladores] (1998), *McLuhan. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
Negroponte, Nicholas (1999), *El mundo digital. Un futuro que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B. S. A.
Ong, Walter J. (1987), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra,* México, F. C. E.
Postman, Neil (1993), *Technopoly. The Surrender of Culture to Technology*, New York, Vintage Books.
Real Academia Española (1715), *Fundación y Estatutos de la Real Academia Española,* Madrid, Imprenta Real.
Saussure, Ferdinand de (1945), *Curso de Lingüística general*, Buenos Aires, Losada. Traducción de Amado Alonso. Citamos por la 12.ª edición (1973).
Terceiro, José B. (1996), *Socied@d digit@l. Del* homo sapiens *al* homo digitalis*,* Madrid, Alianza Editorial.
Wittgenstein, Ludwig (1973), *Tractatus Logico-Philosophicus*, versión de E. Tierno Galván, Madrid, Alianza Editorial.